

con las impuras ondas del gran Nilo;
el Jordán te está abriendo sus orillas.

El día, en fin, se acerca
en que verás los prometidos campos;
Gessén verá cual huyen,
á pesar de sus fuertes enemigos,
las tribus prisioneras tanto tiempo.

»Bajo de las facciones infantiles
de un niño en el gran Nilo abandonado,
del Sinaí se esconde el elegido,
profeta de las plagas
que una doncella de las aguas libra.
¡Oh mortales! Vosotros cuyo orgullo
desconoce lo Eterno,
postraos de rodillas. Una cuna
el pueblo de Israel á salvar viene
y una cuna también salvará al mundo.»

Febrero, 1820.

ODA CUARTA

LA ABNEGACIÓN

En la ciudad, la peste devoraba
todo lo mortal; en el cielo, ninguna
nube se presentaba á los ojos.
Pero las casas estaban llenas de
cuerpos exánimes, y los caminos
de entierros; ni el sexo ni la edad
estaban exentos de peligros.

TÁCITO.

I

¡Doy gracias al Señor; me dió la vida!
La vida es grata al hombre entre los dones
del cielo; diariamente bendecimos
al Dios que nos convida á los banquetes
de ajeno y miel. Se mezcla á las cadenas
que nos atan un lazo
de flores; por llegar entre los otros
á envejecer, todo hombre se resigna
á padecer; la luz del sol nos gusta,
nos embriaga el aire de los cielos.

Al Señor rindo gracias;
la dicha de vivir es la que hace
la gloria de la muerte.

¡Desgraciado el mortal que, triste víctima,
muere sin que un hermano viva salvo,

para cerrar de nuevo ante su cuerpo,
 cual romano sublime,
 el antro en que se pierden sus pisadas!
 ¡Infortunado el pueblo de anatema
 presa, que, consumiéndose á sí mismo,
 ve perecer su nombre con su orgullo
 sin que toda la tierra á su caída
 se incline, sin dejar bello recuerdo
 encima sus ruinas, como antorcha
 encima de un sepulcro!

II

Cuando de Dios, cansado de maldades,
 formidable la cólera despierta,
 suscita en las ciudades un azote
 que, después de su paso,
 un miedo secular deje en los muros
 por tiempo inhabitados.
 De un germen vil, que en su demencia ignoran
 los pueblos, un gigante amarillento,
 inmenso espectro, entre ellos sale y crece;
 y la ciudad pretende huir; y el monstruo,
 fiel como horrible esposo, con su ala
 la cubre y en sus brazos
 asquerosos la estrecha.

El pueblo en masa, entonces,
 bajo el mal que fermenta,
 cae, como la nieve en copos blancos
 en nuestros campos cae; todo perece,
 y doquiera la muerte que se nutre
 renace en los cadáveres fecundos.
 Encadena á sus víctimas el monstruo
 una con otra, y al abismo arrástralas

y se alimenta de sus flacos restos;
 y entre hogueras, el luto y las ruinas,
 los vivos sin abrigo, como sombras
 impuras, van errando
 lejos de los cadáveres sin tumba.

Cuando se abría el circo, en días fúnebres,
 los romanos, en paz, por sus lictores
 protegidos, veían desde lejos
 luchar á los cautivos de las guerras
 contra los tigres del desierto juntos.
 Así se une los pueblos en su espanto;
 sube hasta el cielo tembloroso un grito
 de mar en mar llevado en lontananza.
 El mundo armado, por temor á la hidra
 de alas veloces, ve bajo el azote
 aquellos homicidas moribundos,
 y entonces amenaza, y es por miedo.

III

Pues entonces, ¿no es cierto, sibaritas
 de las ciudades, que los goces todos
 son más dulces, mejores los placeres,
 cuando un mal más aciago
 que las guerras civiles
 siembra en otras moradas los dolores?
 De la capa abrasada, á la que infecta
 inmundo germen, lejos,
 ¡con qué encanto en el lecho, de perfumes
 rociado, duerme el hijo de este mundo!
 ¡Cuánto mejor se saborea el aire
 saturado de vida, cuando llora
 en duelo un pueblo que nos tiene envidia
 y un mortífero viento aspira fuera!

Cada uno absorbido permanece
 en un círculo efímero; la madre
 al hijo abraza en paz que le sonríe,
 sin indagar los sitios en que el seno
 de una madre es mortal para su hijo.
 Cierta piedad vulgar, entre las fiestas
 de la noche anterior y las del día,
 se despierta en el fondo de las almas,
 que tales son los hombres:
 compadecer les importuna, y junto
 á un infortunio inmenso,
 sin detenerse siguen su camino.

IV

No obstante, algunos hombres,
 por un secreto fuego entusiasmados,
 salen de entre la turba; y todos buscan
 en su mirada qué inmortal augurio,
 qué porvenir sublime
 brilla en su alegre frente. ¿Les esperan
 tal vez ruidosos triunfos? ¿Qué esperanzas
 embriagan su alma? ¿Qué tesoros?
 ¿Qué bien, qué dicha? ¡Ay! ¡Siempre lo mismo!
 En este mundo estéril, si aparece
 la virtud, por su aspecto sosegado,
 la confundimos siempre con la dicha.

¡Oh pueblos! Tales hombres, que un Dios guía,
 van con su ayuda á combatir tan sólo,
 con radiante mirada y paso firme,
 el azote ante el cual el mundo huye.

Dadles el adiós último;
 y vosotros, sus padres, sus esposas,
 sus madres, contened las tristes lágrimas.

Dejad que cada víctima se ofrezca;
 y no les persigáis con temerarios
 lamentos. ¿Debería, por ventura,
 preferir cualquier hermano suyo
 á aquellos por los cuales morir puede?

La ciudad solitaria para ellos
 abre sus puertas. Mil espectros vivos
 con lágrimas los llaman, sorprendidos
 de que aún haya un mortal sobre la tierra
 que acuda al grito de dolor que lanzan.
 Hablan; su acento tranquiliza y guía
 ya á aquellos pueblos que un azote lívido
 con férreo brazo empuja hacia la tumba,
 y el monstruo, en las murallas que él oprime,
 al verse acometido se estremece,
 lo mismo que Satán se estremeciera
 al ver que, salvador y á un tiempo víctima,
 un Dios apareció dentro su infierno.

Contemplan á la hidra no abatida,
 de cerca y resignados á su suerte,
 para arrancarle sus secretos, su arte
 le disputa la vida ó la interroga
 en la muerte. Y cuando sus auxilios
 resultan vanos, su oración consuela.
 El moribundo cree en su palabra
 que el cielo no desmiente; y si la misma
 muerte al fin hiere su cabeza, impávido,
 su humilde voz de apóstol no enmudece
 hasta el suspiro último del mártir.

V

¡Oh mortales dichosos en exceso!
 ¿Quién podría extinguirlos,

si domáis, afrontándola, la muerte?
 Cuando en su admiración ósa la turba
 compadeceros, yo en pos de vosotros
 voy llorando de envidia. ¡Desdichado!
 ¡Jamás yo, como víctima espontánea,
 iré á salvar la tierra
 desafiando asolador azote,
 ni, suavizando su dolor mortífero
 con mis cuidados, á mezclar consuelos
 y santas oraciones al impuro
 fétido aliento del agonizante!

¿También por mis hermanos ¡ay! no puedo
 inmolarme? ¿No quedan ya oprimidos?
 ¿No hay ya verdugos? ¿Dentro qué mansiones,
 sobre qué cadafalco nobiliario
 puedo buscar la muerte de los héroes?
 ¡Que rompiendo mi cuerpo la tortura
 sangrienta, puesto en cruz, la hiel ofrezca
 á mi boca abrasada, sí! Contento
 y satisfecho, vuestras alabanzas
 diré, Señor. ¡Que el ángel del martirio
 es el ángel más bello entre los ángeles
 que conducen las almas hasta el cielo!

Diciembre, 1821.

ODA QUINTA

A LA ACADEMIA DE LOS JUEGOS FLORALES

*At mihi jam puero caelestia sacra placebant,
 Inque suum furtim musa trahebat opus.*

OVIDIO.

Vosotros, cuyo imperio
 poético y sublime,
 de la orilla del Ródano
 á las riberas del Ador dilátase;
 vosotros, cuyo arte omnipotente
 es alegre delirio,
 reyes de los combates, de los cantos,
 monarcas de los juegos de la lira,
 del saber del amor nobles maestros:

Como cuando nació, tan hechicera
 vuestra musa se ríe
 de dolores y años;
 el tiempo cuando pasa
 su eterna infancia respetar parece,
 y la gloria, cubriéndose á sus ojos
 de púdica inocencia,
 esconde sus laureles bajo flores.

¡Salud! Aun siendo niño,
 cogí para mi madre
 algún humilde ramo

en los sagrados bosquecillos vuestros;
 vuestra mano ofrecióse
 á la mía sin fuerza y temeraria;
 un extranjero siendo entre vosotros,
 acogido me habéis como un hermano,
 y habéis hecho que tome
 en los banquetes vuestros un asiento.

Entre los nobles jueces de la arena
 fué el atleta admitido,
 vencedor aún muy débil;
 y jamás, sin embargo,
 errando por los montes del Pirene,
 á ninguna hechicera castellana,
 al son hospitalario de mi cuerno,
 su dulce sueño había interrumpido.

Jamás cantado había
 los mágicos jardines
 de una hada de esferas alejadas,
 ni había, por la tarde,
 para encantar á damas más severas,
 junto al hogar contado
 las hazañas de viejos trovadores
 y los amores de los paladines.

Os pintarán, con voz inmortal, otros,
 días dichosos, sones más alegres.
 A mí me pone mi dolor á prueba
 y de él vienen mis cantos.
 Yo sufro y doy consuelo y mi fiel musa
 se acuerda de los muertos.

Mayo, 1822.

ODA SEXTA

A M. DE CHATEAUBRIAND

EL GENIO

Los hombres no nacen de las circunstancias, éstas los exhiben; descubren, por decirlo así, la realeza del genio, último recurso de los pueblos extinguidos. Estos reyes que no tienen nombre de tales, pero que verdaderamente reinan por la fuerza del carácter y la grandeza de los pensamientos, son elegidos por los acontecimientos en que ellos deben mandar. Sin antepasados y sin posteridad, los únicos de su raza, una vez llenada su misión, desaparecen, dejando órdenes al porvenir que éste ejecutará fielmente.

F. DE LAMENNAIS.

I

¡Desgraciado del hijo de la tierra
 que en este mundo injusto
 lleva dentro su alma solitaria
 un rayo del espíritu divino!
 ¡Desgraciado de él! La impura envidia
 se encarniza en su vida irreprochable

cual un eterno buitre;
y feroz, irritada de su triunfo,
da el castigo á este nuevo Prometeo
de haber arrebatado
los fuegos celestiales.

Cual fantasma celeste
la gloria se aparece desde lejos
á sus tristes pupilas,
sufre de sus sonrisas imperiosas
el desgraciado yugo.
Así la débil, tímida avecilla,
pretende huir en vano
de la hidra vil, pérfida,
cuyo ojo la hechiza y la persigue;
vuela de rama en rama,
luego acude y perece, pobre víctima,
de la mirada que la ha seducido.

O si á la postre ve lucir la aurora
del día á sus esfuerzos prometido;
si viviendo corónase su frente
con el laurel que sólo
crece para los muertos;
la injuria impune, la ignorancia altiva,
el odio y los errores,
precipitan sus días inmortales,
dando así del dolor excelso ejemplo;
y en su templo la gloria le da entrada
para en su propio altar sacrificarlo.

II

No obstante, aún cuando fuera necesario
ser presa del dolor y la injusticia,

¿quién dejaría de aceptar con júbilo
el genio al precio de la desventura?
¿Qué mortal, al sentir dentro su alma
cual la llama celeste
que obscurecer el tiempo no podía,
potente se despierta,
querría, de su triunfo temeroso,
de su porvenir noble y desgraciado
alejarse, en el seno
de una dicha que pasa
sin dejar ni memoria?

Chateaubriand, lo atestiguo:
tú, que fuera de sitio entre nosotros,
recibiste del cielo el don funesto
que hiere nuestro orgullo;
cuando debe tu nombre
sobrevivir á todas las edades,
gigante, ¿qué te importa
con sus ultrajes este pueblo enano?
Todo debe rendir tributo al genio.
¡Ellos no tienen más que la calumnia
cual sólo su veneno la serpiente!

¡El odio envenenado desafía!
Riese el navegante
de las olas que bullen
cuando entra su popa coronada
en un puerto seguro
al abrigo del viento.
Por tiempo prolongado,
ignorado en el mundo, tu navío
luchó contra las olas,
próximo á sepultarse con frecuencia.
¡Así el antiguo Homero, en otro tiempo,
desconocido erraba

por la tierra que un día
llenara con su nombre!

III

Todavía muy joven,
cuando Francia enlutada
de las manos del crimen
recibió sus cadenas,
huyes; el fuerte soplo que te anima
en el otro universo despertóse.
Contemplando confuso
sus extensas orillas,
todos aquellos ríos caudalosos,
todas aquellas selvas aún vírgenes,
te despedías ya de los humanos;
porque en aquellos sitios
por el hombre ignorados, cuando menos,
sus pasos todavía
del Señor no han borrado las señales.

Volviste al fin en tiempos más tranquilos
á pisar esta tierra de las artes,
en donde de Virgilio el laurel crece,
donde del César caen las murallas.
Humilde y dominada viste á Grecia.

¡Tirteo ya no existe!

En aquel pueblo, grande en otro tiempo,
ahora los griegos doblan
sus cabezas serviles,
y sobre las Termópilas se alza
la torre del tirano.

¡Ay! Aquellas ciudades
que la historia enaltece

hoy lloran á sus hijos aguerridos;
el antiguo recuerdo de su gloria
no habita nada más que en sus ruinas.
Los dioses han huído; en las praderas,
¡adiós teorías puras!
Ni juegos, ni conciertos, ni gimnastas,
ni santos. ¡Adiós fiestas paternales!
El poderoso bronce
ronca en los Dardanelos
y los desiertos templos sólo turba.

Mas si la Grecia se halla sin prestigios,
tú tenías noticia
de lugares solemnes,
en donde hay vestigios más sagrados,
donde hay monumentos más eternos.
Sabías dónde se halla
Jerusalén esclava y oprimida,
tumba de vida llena
que un pachá pisa sin remordimiento;
conocías también del mismo modo
al Beduino de Numidia hijo,
conocías Cartago, y la Pirámide,
tienda petrificada de la muerte.

Al hogar de tus padres regresaste,
llevando por tesoro
los males de las costas extranjeras
y las altas lecciones de la suerte.
Depusiste tu lira.

La razón que te inspira, desde entonces
habló por la voz tuya en el Senado,
y confió la libertad sagrada,
su causa, al brazo tuyo
defensor de los reyes.

En esta arena donde se te admira,
 tú vives satisfecho
 de haber luchado tanto,
 por el doble martirio
 del genio y la virtud honrado viéndote.
 Prosigue así; nuestra esperanza llena,
 sirve á tu ilustre príncipe y á Francia
 cuyos destinos hoy van á cumplirse.

La soberbia anarquía
 palidece delante
 de tu tranquila frente
 que no palideció por un tirano.

Que la voraz envidia
 unida á los perversos,
 con sus fieros clamores
 te persiga doquiera,
 hijo del genio, pues que te sustrae
 tu noble vuelo á esos rumores viles.

El pájaro asimismo,
 que está de las Tormentas en el cabo,
 ve sobre nuestras frentes
 como arrollan las nubes
 sus olas sediciosas;
 él, lejos del ruido de la tierra,
 mecido por su vuelo solitario,
 va á dormirse en los cielos.

Julio, 1820.

ODA SÉPTIMA

LA HIJA DE O-TAITI

Pero ¿qué hace entretanto
 aquel á quien con su dolor espera?
 Sin duda es que no ama
 el á quien ama ella en tal manera.

ALFRED DE VIGNY. *Dolorida.*

«¿Quieres huir? ¿Y la inconstante vela
 muy pronto marchará de estas riberas
 ante mis tristes ojos? Esta tarde
 oía, en el insomnio que desvela,
 del marino las notas plañideras;
 y ¡ay de mí! al escucharle,
 mientras su alegre tienda replegaba
 con sus festivos gritos, yo lloraba.

»¿Por qué de aquí alejarte?
 Ingrato, ¿á qué marcharte?
 En tus tierras lejanas y extranjeras
 ¿el cielo es más hermoso?
 ¿Te es aquel suelo menos doloroso?
 ¿Te llorarán los tuyos cuando mueras,
 y tus cenizas estarán cubiertas
 de un plátano mortuorio de ancha hoja,
 sin que su fruto nadie osado coja
 ni sus flores abiertas?

»¿No te acuerdas del día venturoso

en que te trajo un saludable viento?
 En nuestro bosque virgen, silencioso,
 mis ojos encantados te miraron;
 y cuando me llamó tu dulce acento
 mis oídos te oyeron.

Antes de entonces, nunca te encontraron
 en mi isla y jamás te conocieron,
 ni nunca habían visto tu semblante,
 y al llamarme yo fui hacia ti, no obstante.

»Yo entonces era bella,
 pero dejó mi llanto la honda huella
 que marchita mi cara entristecida.
 No te vayas, ¡oh joven extranjero!
 Pasaremos los dos el día entero
 hablando de tu madre tan querida;
 cantar me gusta oírte placentero
 de tu patria los cantos y loanzas,
 me gustan de tu Dios las alabanzas.

»Tú llenarás mi vida de consuelos;
 me pongo por entero en manos tuyas.
 ¿Qué te hice ¡ay de mí! para que huyas?
 Yo seré dulce y buena;
 no te alejes aún de nuestros cielos;
 consolaré tu pena
 y los dolores que tu pecho inflaman,
 y yo te llamaré como te llaman
 en el bello país de tus abuelos.

»Si tú lo quieres, yo seré tu esclava
 con tal que tu mirada ante mi vista
 brille como brillaba.
 Quédate, sí, ¡oh joven extranjero!,
 y huirá ese pesar que me contrista
 y volveré á ser bella

y será mi semblante placentero.

Pero ¡ay! vida mía,
 como á la golondrina pasajera,
 á ti no se te tiene más que un día...
 Yo en cambio te amaré hasta que me muera.

»¡Ay, tú quieres marcharte!
 En los montes que vieron alejarte,
 sin duda alguna, una feliz doncella
 espera tu regreso
 guardándote de tiempo su sonrisa...
 Pero ¿qué importa eso?
 Yo iré contigo y le seré sumisa
 y la encontraré bella,
 y tal vez algún día
 la amaré si su amor es tu alegría.

»De mis ancianos padres alejada,
 de mí enorgullecidos,
 tan lejos de estos bosques escondidos
 donde acudí á tus brazos cautivada,
 en donde se juntaron nuestras almas;
 tan lejos de estas flores y estas palmas,
 no viviré ni un día...
 Sí, déjame seguirte;
 aquí sola también me moriría
 y allí, al morir, al menos podré oírte.

»Si el humilde banano tu llegada
 acogió, si algún día de tu vida
 me amaste, no me dejes desolada.

Tu isla desconocida
 no quieras ver no estando yo á tu lado,
 por miedo de que, errante por el cielo,
 vaya mi alma en triste desconsuelo
 persiguiendo tu paso acelerado.»